

procuró atacar á éste por otro lado. Abderraman no era hombre para dormirse sobre sus laureles, y en 301 (913) marchó contra Sevilla, cuyo vigoroso soberano Ibrahim había muerto dos ó tres años antes, en 298 (910-911), para acabar con aquel Estado yemenita, debilitado por las discordias entre los sucesores de Ibrahim. Hafson acudió al socorro de éstos y penetró en la ciudad, ya cercada por las tropas del emir. Una salida que hicieron los sitiados, reforzados con la tropa de Hafson, acabó en una derrota espantosa que obligó á este último á dirigirse á toda prisa á Bobastro para no compartir la suerte de sus aliados, porque Sevilla se rindió en seguida, á fines del año 913 (301). Pocos meses despues un hijo de Ibrahim, llamado Mohammed, hizo una tentativa desgraciada para apoderarse de la ciudad, pero esta tentativa dió al emir otra ocasion para demostrar su afan de reconciliarse con los adversarios despues de vencidos. Un hábil mediador logró convencer á Mohammed, que todavía era poderoso, de las intenciones benévolas del soberano y de su deseo sincero de reconciliarse con el rebelde. Mohammed accedió y recibió un puesto distinguido en la corte de Córdoba, á la cual sirvió al parecer con todo su celo é influencia; pero esta buena inteligencia duró poco: en el mismo año 301 (914) sublevóse en Carmona un jefe que había estado al servicio de Mohammed, y como el emir, con razon ó sin ella, sospechase que Mohammed fuese el autor de la rebelion, le hizo prender y le tuvo preso hasta despues de quedar dominada la sublevacion. Entonces recobró Mohammed su libertad, pero no su elevado cargo. Con esto queda demostrada la diferencia entre la manera de proceder de Abderraman III y la de su antepasado del mismo nombre, que no tuvo la misma consideracion con Someil, bien que para ser justos hemos de tener presente que en tiempo del primer Abderraman la aristocracia árabe era infinitamente mas temible y peligrosa que en tiempo de Abderraman III.

Igual benevolencia estaba decidido el emir á mostrar á los cristianos, con tal que quisiesen capitular. Antes de la sublevacion de Carmona había emprendido una primera campaña á la serranía; y tan grande era ya el miedo que inspiraban sus armas y la confianza en su buena fe, que muchos castillos y fuertes que se encontraban exclusivamente en poder de españoles cristianos, le abrieron voluntariamente sus puertas. No tuvieron motivo de arrepentirse los habitantes de estos lugares, porque Abderraman veló con solicitud exquisita por el cumplimiento concienzudo de las capitulaciones, cosa á menudo nada fácil por oponerse á ello el fanatismo de los fakih cordobeses. Sin embargo, el reinado de los fakih había concluido, porque el joven soberano, seguro del amor y respeto del pueblo, pudo ya emplear en frente del clero aquella firmeza tranquila que siempre ha sido el único medio de imponer respeto á la clerecía ensoberbecida. Así continuó Abderraman su camino sin dejarse extraviar por nada ni por nadie; y este camino le condujo á la cumbre del poder, donde su justicia y equidad para con todo el mundo no solamente le mantuvieron sino que aseguraron también á su sucesor una posicion igualmente envidiable.

No era fácil, aun para él, la conquista inmediata de la fortaleza natural donde se sostenia todavía Omar Ibn Hafson. Para expulsar de allí al jefe faccioso y á sus compañeros fué menester arrebatárselos uno á uno sus demás castillos, cercenando con actividad paciente y jamás interrumpida el territorio sublevado, hasta que al cabo de muchos años se pudo dar el último golpe apoderándose de Bobastro, juzgado hasta entonces inexpugnable. Los demás puntos fuertes tampoco se rindieron todos á las primeras intimaciones; para esto habría debido dirigir la defensa de la serranía otro

que no fuera Omar Ibn Hafson; pero el emir, sabiendo lo que valia este enemigo, tampoco abandonó su empresa un instante, por mucho que reclamasen otros puntos de España su enérgica é incansable actividad. Asombra ver con qué sagacidad y prudencia este joven de 24 años abarcó continuamente la situacion complicadísima de toda la España musulmana y cristiana, y el tino con que dictó sus disposiciones acertadas simultáneamente contra los rebeldes del Mediodía, del Este y del Oeste, contra los asturianos, ó mejor dicho contra los leoneses, en el Norte y hasta contra los fatimitas en Africa, y cómo supo extender por igual en todas direcciones los límites de su poder.

Para facilitar la inteligencia de nuestra narracion nos parece útil estudiar por separado los sucesos del interior y los del exterior, despues de exponerlos juntos en lo tocante á los dos años primeros, para demostrar mejor la multiplicidad del genio de Abderraman.

En el año 303 (915) hubo una gran escasez y el hambre hizo estragos. Esta calamidad absorbió toda la atencion del emir, el cual, dedicándose enteramente á dominarla, suspendió todas las demás empresas, fuera de la continuacion del cerco de la serranía. En el año siguiente, 304 (916), sometió en el Sudeste á Orihuela y en el Oeste á Niebla, y al propio tiempo envió una gran expedicion al territorio de Leon para talarlo, como se hizo. Otra que dispuso con el mismo objeto al año siguiente, tuvo mal éxito. En aquel año intervino el emir en el asunto de los señores de Nacur, en el Norte de Africa. En 306 (918) obliga á rendirse á Suleiman, el hijo de Omar Ibn Hafson, mientras otro ejército alcanzó sobre los leoneses la victoria de Mutonia. De esta manera se sucedieron los años, registrando casi todos avances del emir en diferentes direcciones, y raras fueron las empresas que fracasaron.

Ahora trataremos, primero, de la reunion de toda la España mahometana bajo el cetro de Abderraman, y despues dedicaremos nuestra atencion á los demás sucesos de su reinado.

La carrera de Omar Ibn Hafson iba acercándose á su fin. Hacia mas de treinta años que estaba luchando este héroe sin interrupcion é impertérrito por la libertad de su pueblo; y si el destino le negó la recompensa que merecia su constancia en el servicio de su gran idea, por lo menos le ahorró el dolor de ver el derrumbamiento final de toda su obra. Omar murió, «con gran satisfaccion de toda la ciudad de Córdoba,» dice el cronista, en el año 305 (917). Había motivo para alegrarse. Por desgracia, solo conocemos á este personaje notable por lo que cuentan de él sus enemigos mas acérrimos. No callan en absoluto todo lo que honra á Omar, pero hasta donde pueden evitan decir de él mas de lo que exige con precision la historia de sus adversarios árabes. Durante largos años el pueblo de la serranía cantó sin duda romances y refirió historias que giraban al rededor de la imponente figura de Omar Ibn Hafson, pero nada de esto ha llegado hasta nosotros; ni ningun monje cristiano ha escrito la historia verídica de su vida y de sus hechos, haciéndonos saber los rasgos pequeños, que pintan mas al vivo á los varones grandes que la relacion escueta de batallas y sitios. Vemos la figura erguida del héroe como á gran distancia y al través de una niebla, sin poder distinguir sus rasgos severos ó suaves, y hemos de renunciar á formarnos una idea de la vida y desarrollo sucesivo de este genio andaluz, que empezó con un homicidio por causa liviana y concluyó en la serena altura de la mas noble renuncia á todo interés personal. Sin embargo, lo que sabemos de sus hechos basta para concederle la fama de haber sido el adalid mas grande de la libertad patria que España, el noble país

de la independencia, había tenido hasta entonces desde el tiempo de Viriato (1). La causa á cuya defensa Omar había dedicado su vida no murió en seguida, pero su muerte fué desde la de Omar solo cuestion de tiempo, como instintivamente lo habían comprendido en Córdoba. Con nuevo vigor continuó Abderraman sus ataques á la serranía; ya hemos dicho que en 306 (918) tuvo que rendirse Suleiman, uno de los hijos de Omar; otro, llamado Schaafar, á quien Abderraman sitió en persona en Bobastro, se avino á pagar tributo; pero este mismo Schaafar, en el año siguiente, 308 (920), repitió, en sentido inverso, el mismo error que tan caro había costado á su padre, es decir, que volvió á ingresar en el Islam para ganarse el afecto de sus compatriotas, y entonces le mataron sus compañeros cristianos. Suleiman, que había tenido que entrar en el ejército cordobés, desertó y volvió á la serranía para tomar posesion de la herencia de su padre, pero la fortuna le fué adversa; las discordias intestinas, precursoras de la próxima ruina, impidieron toda accion comun, sin la cual no es posible el buen éxito de ninguna empresa, y los que debían estar unidos se destruyeron mutuamente dentro y alrededor de Bobastro. A duras penas pudieron los sublevados rechazar las columnas volantes del emir, que avanzó solo paso á paso mientras el enemigo se destruía á sí mismo. A fines del año 314 (principios de 927) murió Suleiman en una escaramuza y pocos meses despues Abderraman sitió á Bobastro, defendido por Hafs, el último hijo sobreviviente de Omar que se llamaba como su abuelo. Hafs, jefe valeroso é inteligente, se defendió medio año, y cercado por todas partes capituló á fines del año 315 (principios de 928) y entregó la plaza al representante de Abderraman, que entretanto había regresado á Córdoba. Abderraman trató al vencido con su magnanimidad de costumbre y le dió un mando en su ejército para proporcionarle ocasion de expiar sus errores combatiendo por la causa del Islam. Esto es todo lo que de él se sabe. Quedaba su hermana Argeantea, que se había hecho monja, y como digna hija de su padre se negó á abjurar su religion y volver á la mahometana, como lo exigía la ley, y sufrió heroicamente la muerte, mártir de su fe. Pocos meses despues, Abderraman visitó el castillo que por mas de cuarenta años había sido una espina en el cuerpo del imperio omniada español, y allí dejóse seducir por los fakih (cierta clase de devotos no respeta nada por sagrado que sea) para cometer una profanacion indigna. Permitted á los servidores de Allah abrir el sepulcro que encerraba los restos mortales de Omar y de Schaafar, y aquellos fanáticos los sacaron y ataron á dos postes á manera de picotas, exponiéndolos á merced del populacho cordobés. En lo demás, procedió el emir como solía. Despues de haber tomado las demás plazas fuertes de la serranía, hizo derribar las fortificaciones y trasladó los vecinos mas notables á Córdoba.

Abderraman quiso órden y tranquilidad pero no el silencio del cementerio. Todas las demás plazas y comarcas que continuaban independientes en la España mahometana se sometieron en los primeros años que siguieron á la toma de Bobastro; y el emir, una vez apoyado en las riquísimas provincias de Córdoba y Sevilla, aprovechando momentos favorables, fué sometiendo una tras otra las provincias cuyos dueños se mantenían aislados, los cuales unos por la fuerza de las armas y otros pacíficamente tuvieron que rendirse. Cuando en el año 308 (920) emprendió su primera campaña al Norte aparecen ya como fieles vasallos suyos y gobernadores de Tudela los Benu Kasi; y en 312 (924) sus triunfos brillantes sobre Leon y Navarra realizaron de tal manera su

autoridad en los territorios fronterizos extremos del Norte que pudo ordenar á los descendientes del hombre que setenta años antes se había hecho llamar el tercer rey de España, que evacuaran definitiva y completamente su territorio, el Aragon, y entraran en las filas del ejército cordobés. En el mismo año sometió á varios señores rebeldes de la provincia de Valencia; en 314 (926) tomó la última plaza fuerte del país de Jaen-Elvira y castigó duramente con una expedicion armada á los berberiscos de Extremadura; en 316 (928), inmediatamente despues de la toma de Bobastro, rindió en el Este á Alicante y en el Oeste á Mérida y Santarem; en 317 (929) tomó á Beja y en 318 (930), despues de un largo sitio, ocupó á Badajoz, donde reinaban todavía los descendientes del español mahometano Ibn Merwan. Por el mismo tiempo concedió Abderraman á Khalaf Ibn Bekr, que siendo príncipe del Algarbe había conquistado con su excelente gobierno el amor de sus súbditos, el mismo principado á título de vasallo suyo, lo que fué un caso enteramente excepcional. En el año 318 (930) en toda la España mahometana solo Toledo continuó independiente de Córdoba y constituida, desde casi ochenta años antes, en república aristocrática, por lo comun bajo la proteccion de sus aliados cristianos los reyes de Leon y Asturias. Esta existencia completamente separada del resto de la España mahometana había acostumbrado á los toledanos á mirar con el mas profundo desprecio á Córdoba y á sus emires; pero la caída de Bobastro y las derrotas de los leoneses les dieron otro concepto de la situacion, y cuando Abderraman les intimó la sumision á su autoridad soberana no se atrevieron á negarse rotundamente á esta exigencia y trataron de eludir el compromiso con evasivas y bellas frases. Abderraman no podia satisfacerse con esto y empleando su energía habitual envió un general con las tropas en aquel momento disponibles contra la ciudad, y pocas semanas despues entró él mismo con numerosísima hueste en el territorio toledano, le ocupó sin dificultad y llegó hasta las puertas de la antigua capital de la España cristiana. Toledo había prosperado muchísimo en el largo período de su independencia: se hallaba en estado floreciente, estaba bien fortificada y defendida por una poblacion numerosa, amante de su libertad y decidida; de suerte que no era empresa baladí la de poner sitio y rendir á una poblacion de esta especie. Sin embargo, para mostrar su resolucion firmísima de llevar esta empresa á cabo á pesar de todas las dificultades, mandó construir desde el primer día toda una ciudad en una montaña enfrente de Toledo para albergar su ejército en todas las estaciones del año, á fin de no interrumpir el sitio hasta la rendicion de la ciudad. Dos años resistieron los toledanos, hasta haber consumido sus grandes recursos, esperando siempre, y siempre en vano, el auxilio de los leoneses, sus aliados; pero desde muchos años antes estaba aquel reino destruido por sublevaciones, disputas y guerras de sucesion, y cuando en el año 319 (931) el rey Ramiro II se creyó asegurado en el trono y acudió al auxilio de Toledo, importantísimo baluarte que protegía su país contra los ataques de los cordobeses, una intencionada de su competidor Alfonso IV contra su capital Leon, le obligó á volver atrás á toda prisa antes de haber traspuesto la frontera de su reino. Es sabido que se desembarazó de su molesto rival á principios del año siguiente, 320 (932), haciéndole privar de la vista, lo mismo que á tres primos suyos (2). Habiendo restablecido de esta manera la unidad de la real familia, volvió á

(2) Alfonso IV era hermano de Ramiro II y había reinado antes que él; príncipe mas devoto que guerrero, á los cinco años de reinado llamó á su hermano Ramiro, abdicó en él la corona y se retiró al monasterio de Sahagun; pero luego, en la época que cita el autor, dejó el

(1) Dozy: *Histoire*, II, pág. 339.

marchar contra los mahometanos; pero fué derrotado por una division del ejército sitiador y tuvo que regresar de nuevo á su país sin haber conseguido nada. A los toledanos no les quedó entonces mas recurso que capitular en el año 320 (932), y Abderraman se encontró dueño de toda la España mahometana.

Grandes esfuerzos habia costado esta última victoria decisiva; pero del resultado final no podia dudarse habiéndose encargado de la empresa un monarca de la fuerza de Abderraman despues de haberle tenido que entregar Bobastro el último hijo de Omar Ibn Hafson, porque el foco verdadero de la resistencia contra el dominio árabe en España habia sido la serranía con sus cristianos heróicos. La caída de este baluarte selló la suerte de los demás rebeldes, y no es mera casualidad que los descendientes mahometanos de aquellos valientes cristianos andaluces que tan heroica guerra hicieron al Islam, hicieran casi 600 años despues, en 908 (1502), otra tentativa tambien desgraciada con la sublevacion de las Alpujarras para salvar contra la opresion religiosa de los cristianos su fe y culto mahometanos, que en el curso del tiempo habian adoptado. La naturaleza parece haber destinado aquellas comarcas á refugio de rebeldes y perseguidos. Grande es, sin embargo, la diferencia entre la manera de proceder que usaron en aquel territorio los omniadas mahometanos y la que los reyes cristianos emplearon. Estos, y aquí no valen discursos mas ó menos explícitos sobre la superioridad del cristianismo sobre el Islam, no supieron hacer otra cosa mejor con sus súbditos no católicos que entregarlos ó á los tormentos de la inquisicion ó á las miserias de la proscripcion y de la expulsion, mientras el llamado «pagano» Abderraman veló solícitamente porque sus fakihis no perjudicaran á los cristianos vencidos violando sus capitulaciones, y aun hizo mas, que fué estudiar la manera de utilizar las fuerzas de estos cristianos en bien de su reino con la mayor despreocupacion. Las virtudes de los paganos no suelen tenerse mas que por vicios brillantes por cierta clase de fanáticos; pero aquellos cristianos que no encierran su religion en el angosto círculo de una fórmula teológica que aquí no hemos de discutir, contemplarán con satisfaccion la conducta de un monarca mahometano ilustrado que supo ganarse los corazones de sus súbditos, y ganarlos finalmente tambien en su mayoría para su religion por medio de la justicia y la benevolencia, formando con elementos nacionales y religiosos tan opuestos una sola nacion cuya civilizacion fué superior á todas las de aquella época (1).

CAPITULO III

CÓRDOBA

La erudita monja alemana Rosvita, del convento de Gandersheim, en una de sus obras, escrita por el año 960, llama á la capital de los soberanos de Córdoba: «La resplandeciente joya del mundo, orgullosa de su fuerza armada, célebre por sus delicias y poseedora radiante de todas las cosas.» Hasta á la lejana abadía de Gandersheim, á orillas del Gande (2), habia llegado ya en el año 960 la fama de las maravillas de la corte de los soberanos omniadas de España.

claustró, quiso volver á reinar y se apoderó de la capital. Entonces fué cuando Ramiro regresó, le venció y le hizo sacar los ojos. (N. del T.)

(1) Si todos los soberanos de Córdoba hubieran sido como Abderraman III, tendria razon el autor en el paralelo que presenta; pero la mayoría de sus antecesores y sucesores estuvieron muy distantes de imitarle y el fanatismo musulman hizo en España millares de victimas. (N. del T.)

(2) En el ducado de Brunswick.

ña. Desde el año 95 (714) databa la prosperidad rápida de la capital de la España mahometana por ser corte y centro del gobierno y por su favorabilísima situacion geográfica, y ya hemos visto lo que eran la ciudad y sus habitantes cien años despues, en el reinado de El-Hakam I. El reinado exteriormente brillante de Abderraman II aumentó el bienestar material de la poblacion, y aunque hubo luego un retroceso notable por efecto de las sañudas guerras civiles de la segunda mitad del siglo III (IX), bastó el restablecimiento del orden y de la tranquilidad para que no solamente volviera la ciudad á recuperar en cortísimo tiempo su antiguo brillo, sino para que éste se aumentara hasta un grado desconocido. Abderraman III no perdonó esfuerzo alguno para hacer prosperar su capital y todo el país en general, porque no solamente era monarca poderoso y enérgico sino tambien excelente administrador, económico y nimio donde era menester y al mismo tiempo fastuoso y liberal. Los ingresos de su tesoro se calculaban, tocante á contribuciones é impuestos, en 6.245.000 dinares (3), de los cuales Abderraman destinaba una tercera parte á cubrir los gastos del gobierno y en primer lugar los de la fuerza armada, otra tercera parte á construcciones con que hermosear su capital y á obras de utilidad pública, y el último tercio á formar la reserva del tesoro, que en el año 340 (951) contenia, segun dicen, 20 millones de monedas de oro. La sola idea de este estado del tesoro de Abderraman III es capaz de arrancar lágrimas á cualquier ministro de Hacienda de nuestros tiempos; pero esta situacion brillante de la hacienda de aquel gran monarca no puede sorprendernos sabiendo que el orden y la seguridad de las personas y de los bienes estaban en tiempo de Abderraman tan garantidos que el labrador podia dedicar todo su celo y actividad al cultivo de la tierra, y la industria y el comercio habian llegado á una altura nunca vista en todo el Occidente. Entonces la abundancia de los productos produjo una baratura extraordinaria y un bienestar general que alcanzaba á todas las clases de la sociedad. Los ricos y grandes de la capital y de la corte rivalizaban con Abderraman en levantar edificios suntuosos y en transformar sus casas en espléndidos palacios. Abderraman III ensanchó y embelleció como sus predecesores la gran mezquita, fundada por el primer Abderraman, y le añadió un minarete magnífico; fundó á una legua al Norte de Córdoba toda una ciudad de palacios y de jardines (4) que llamó Az-Zahra ó Zahara, que quiere decir «la resplandeciente», que era el nombre de su amante. Empezó la construccion á principios del año 325 (936) y duró 25 años, ocupando sin interrupcion 10.000 hombres y 1.500 mulas. El ejemplo fué contagioso, y no hubo hombre de alguna nota en todo el imperio que no procurase labrar para sí una morada suntuosa. Así aumentó el número de palacios en la corte y el de las quintas á orillas del Guadalquivir. A mediados del siglo IV (X), dice un autor, contaba Córdoba 28 arrabales, 113.000 casas (5), 3.000 mezquitas, 300 baños y medio millon de habitantes; de suerte que si Córdoba cedia acaso en algo á Bagdad, que á pesar de su decadencia continuaba ocupando el primer puesto en el mundo mahometano, seria en extension, pero no en magnificencia. Fácil es imaginarse en vista de estos datos el estado floreciente de la industria y de las artes. Los que contribuyeron mas que nadie á crear esta civilizacion brillante fueron el genio y la inteligencia luminosa de Abderraman III, que adelantándose á su época, libre de preocupaciones mezquinas y estrechas, guió á la sociedad y desar-

(3) Schack: *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia.*

(4) Es decir, un palacio con jardines que con sus dependencias formaba casi como una ciudad. (N. del T.)

(5) Probablemente edificios de toda clase.

rolló en ella los elementos y condiciones necesarios para llegar á tan admirable altura. Abderraman III, mahometano creyente y de buena fe, supo, sin embargo, reconocer que todos sus súbditos, cualesquiera que fuesen su procedencia, raza y religion, tenian igual derecho al amparo de la justicia y á la proteccion del gobierno. Con solícitud incansable veló Abderraman por que no se cercenase á los judíos y cristianos la tolerancia que les concedia la ley, y aun les admitió tambien á los cargos mas elevados del gobierno, que hasta entonces se habian concedido exclusivamente á mahometanos. No hay que decir que en este punto tenia que proceder con suma prudencia para no herir á la masa de la poblacion, que era mahometana ortodoxa; pero consta que este soberano admitió entre sus consejeros á un cristiano y empleó á un judío en misiones diplomáticas importantes y difíciles, siguiendo en esto hasta cierto punto las tradiciones de su familia. El resultado fué que en su tiempo nadie rehuía ya el trato con personas de religion distinta, y que todos tenian igual facilidad para tomar parte en la vida y en los movimientos intelectuales de la nacion. El árabe era el idioma patrio tambien de los judíos y cristianos, que escribian y componian poesias con preferencia en esta lengua y no como en otros países mahometanos solamente para los individuos de su religion, sino tambien para todas las inteligencias sin distincion de cultos, porque tan arraigada estaba la tolerancia mútua, á pesar del carácter ortodoxo del mahometismo español, que todavía un siglo despues ó poco menos el rey de Granada tuvo un visir judío. Mucho mas importante fué todavia otro resultado de la política conciliadora de Abderraman, á saber: la desaparicion de toda diferencia exterior entre sus súbditos de las diversas razas, ya fuesen árabes, ya berberiscos, ya españoles mahometanos. El aristócrata árabe continuó hablando con orgullo de sus ascendientes que vinieron á España con Tarik y Muza ó con Baldsch, pero este orgullo era puramente personal y no podia ya degenerar hasta el punto de herir ni perjudicar á otros. Esta aristocracia habia salido muy humillada de la lucha entre el emirato y los españoles mahometanos, y bien lo mereció, porque desoyendo la voz del patriotismo no habia querido prestar su apoyo al gobierno ni reservarse el importante y provechoso papel de ser la columna principal de la dinastía y del trono. Así perdieron estas familias aristocráticas su antigua influencia; en Sevilla gobernaban funcionarios amovibles nombrados por el emir; en Elvira y Jaen los vasallos árabes formaban una impotente minoría, y únicamente continuaba la familia tudschibida en Zaragoza en su posicion antigua á causa de los servicios importantes que habia prestado en el reinado anterior y de la situacion geográfica y expuesta de su territorio, situado entre los Estados cristianos. Para tener sujeto y en la impotencia el resto de esta aristocracia displicente que por mas de siglo y medio habia sido hostil al dominio de los omniadas y que aun despues de las mayores derrotas siempre habia vuelto á levantar la cabeza, juzgó Abderraman prudente elegir entre servidores antiguos y partidarios de su familia los gobernadores, los altos jefes de su ejército y otros funcionarios principales, y postergar todo lo posible á la nobleza antigua árabe. Este sistema aprovechó principalmente á los mahometanos españoles, que despues de la gran sublevacion de la Serranía habian cesado de ser temibles y no inspiraban ya recelo ninguno al gobierno. El escarmiento que habian sufrido despues de la conversion al cristianismo de su jefe Omar Ibn Hafson les hizo darse por muy contentos de verse todavia protegidos por el gobierno contra sus adversarios, los árabes. No hubo, pues, en adelante ni el mas leve conato de rebelion en el sentido de la de la Serranía y muy al contrario, esta clase quedó absorbida en brevísimo tiempo

EL ISLAMISMO

por la gran masa mahometana, que sin distincion de orígenes nacionales se dejó dirigir por los príncipes omniadas y fué el elemento que engendró y llevó rápidamente á grande altura la maravillosa civilizacion hispano-árabe. La circunstancia de haber sido forzosamente el árabe la lengua de la masa de la poblacion ha hecho llamar árabe á esta civilizacion y árabe á la poblacion; por lo cual se cae fácil y frecuentemente en el error de atribuir á la raza árabe todo lo que los mahometanos españoles escribieron en esta lengua y todas las obras de arte que produjeron. Claro es que á los descendientes de los primeros conquistadores árabes de España pertenece una parte no escasa de las glorias literarias, científicas y artísticas de la época mahometana. El último literato grande de raza árabe pura, quizás el mas grande de todos, fué el historiador Ibn Khaldun; pero otros hubo de mérito cuando menos igual en cuyas venas no corrió ni una sola gota de sangre árabe, como por ejemplo el célebre teólogo, historiador y poeta Ibn Hasm.

El pueblo hispano-árabe, tal como quedó desde el reinado de Abderraman, era una raza nueva y especial, mezcla íntima de árabes y de naturales de España; llamarlo árabe es tan erróneo como llamarlo moro, segun le denominan los españoles, porque el nombre *moro* solo corresponde en rigor á los berberiscos. Esto explica las diferencias tan notables entre este pueblo hispano-árabe y los pueblos orientales, inferiores en muchos conceptos á aquel, que no fué simplemente una raza mestiza accidental y adventiza sino una nueva y verdadera nacion que tenia todas las condiciones de tal. Hoy estamos acostumbrados á abusar del nombre de nacion dándole á pueblos que hablan un idioma determinado y á los cuales tenemos por descendientes de tal ó cual otro pueblo antiguo, pero la verdad es que casi no hay nacion que sea de una sola raza, y si es difícil determinar las condiciones que un pueblo necesita para merecer el nombre de nacion á los ojos de los teóricos, no lo es en la práctica, pues en la práctica es nacion todo pueblo que se siente como tal; y como nacion se sintió el pueblo mahometano español y lo era no solamente en su concepto propio, sino tambien para los turcos y los persas, y por cierto una de las mas notables y fecundas de la Edad media. El que creó esta nacion fué Abderraman III. No fué por lo mismo una fórmula vana y una fanfarronada el título de califa que adoptó el hasta entonces emir Abderraman, el cual, al poco de haber capitulado Bobastro, á principios de 316 (principios de 929), mandó que se rogase en todas las mezquitas no ya por el *emir* Abderraman sino por «el jefe de los creyentes,» el *califa* En-Násir (el Salvador). El objeto inmediato de esta medida fué probablemente manifestar á todos los súbditos de Abderraman que éste no reconocia y rechazaba la pretension de los fatimitas de Africa de ser su soberano el jefe espiritual de todo el Islam. Esto sin perjuicio del sentido mas hondo de la medida, con la cual podia significar que con mas derecho que el fatimita hereje y que el mísero y despreciado abasida de Bagdad, maltratado por sus servidores y ex-esclavos, se consideraba digno del primer puesto entre los soberanos mahometanos aquel que habia sabido dar mayor prosperidad material é intelectual á sus súbditos y á su reino el primer puesto entre los Estados mahometanos y asegurarle el mayor respeto de las naciones extranjeras. Siendo además descendiente de los antiguos omniadas, califas de Damasco, no faltaba tampoco á Abderraman el título legal para llamarse califa. Así fué que esta innovacion ni podia calificarse de demasiado atrevida ni encontró oposicion en el pueblo.

El nuevo califato de los omniadas de Córdoba no tuvo mucha mas duracion que el de los antepasados de Abderra-